

## Miedo, amor y violencia en *Mandíbula* de Mónica Ojeda

**Anabel Gutiérrez León**

(Universidad de Zaragoza)

buscarnoesunverbo@gmail.com

[Mónica Ojeda. *Mandíbula*. Madrid: Candaya 2018, 285 pp.]

*Mandíbula*, la nueva y celebrada novela de la joven escritora ecuatoriana, Mónica Ojeda (Guayaquil, 1988) presenta dos tramas esenciales: Clara, una profesora de Lengua y Literatura se cuestra a una de sus alumnas, Fernanda, para darle una lección. Por otro lado —aunque en estrecha relación con el secuestro— se cuenta cómo un grupo de adolescentes, bajo el liderazgo de Fernanda y su mejor amiga, Annelise, se reúne en un edificio abandonado para, entre rituales de iniciación de su propio credo hacia un todopoderoso Dios Blanco, contarse relatos de terror escabroso inspirados en ominosas *crepypastas*<sup>1</sup>. Entre ambas historias, el miedo y la violencia hacen de catalizadores de las relaciones entre los personajes —femeninos casi en su totalidad—.

Ya en *Nefando* (Candaya, 2016), Mónica Ojeda había mostrado su inclinación por desafiar los más arraigados tabúes y hacerlo de una manera cercana a esa forma del humor hermético que opta por el grotesco, expresado en la profusión de símbolos y referencias populares, así como en una crueldad a la vez siniestra y regeneradora. En esta novela el tabú se enfrenta desde la manera en que la autora encara relaciones consideradas casi sagradas, como son la amistad y el vínculo materno filial.

A las tres protagonistas las marca una relación enferma con sus madres. Clara (cuyo cuerpo se presenta como un mapa orgánico de los terrores) vive obsesionada con replicar a la suya, ya muerta. La joven profesora imita los movimientos de su progenitora, se viste con su ropa y la mantiene viva en su cabeza, permitiendo que desde ahí le siga dando lecciones. La radiografía

---

<sup>1</sup> Una *crepypasta* (de la jerga informática *copypaste*) es una breve historia de horror que circula en foros de Internet.

de la columna vertebral torcida por la enfermedad que acabó con su vida es el único espejo en el que Clara accede mirarse. La madre de Fernanda vive aterrorizada por su hija, evita quedarse a solas con ella y la mira “como si estuviese muerta” (153). Al contrario, Annelise siente pánico por la suya, de quien solo recibe desprecio y amenazas. Cuando era niña, una vez, su madre la golpeó con un rosario.

Ser hijas es el rol que marca a fuego y sangre la vida de estos tres personajes. Así, Clara se autoerige en madre-maestra de sus alumnas y, desde ese ímpetu, se propone enseñarles la única lección verdaderamente importante: el miedo.

El otro lazo de amor, que en esta novela es abordado también desde sus aristas más punzantes, es la amistad. Al grupo de estudiantes de un elitista colegio del Opus Dei, las une una sensación de pertenencia urdida desde la violencia tanto en las pruebas físicas a las que se someten (cortes, golpes, saltos siempre arriesgados), como en las historias de horror que se cuentan, a las que algunas de ellas temen aún más que al dolor y humillación al que sus cuerpos son doblegados. Entre las amigas, la cima jerárquica la ocupan Fernanda y Annelise, cuyo nexos es apasionado e intensamente corporal. Ambas comparten el placer y la amenaza tanto de la intimidad como del peligro. Juegan en serio al borde de todos los abismos y no sopesan los efectos que sus historias acaban teniendo en su propia realidad. Juntas, además, asumen que su hermandad es una alianza contra el origen: la madre (trasmutada luego en la maestra). En todo caso, la amistad entre mujeres aparece en *Mandíbula* en toda su apabullante complejidad, reflejando la belleza y abyección que se gesta en las relaciones afectivas.

Tampoco es fácil la estructura argumental de esta novela. Las historias y los discursos están sobrepuestos, cruzados, mezclados con tal maestría, que este cruce de registros y voces, de pensamientos trascendentes con canciones infantiles y conversaciones banales, solo consigue intensificar la opresión que produce la prosa. No obstante, este aparente laberinto estructural no dificulta la lectura ni la comprensión de la trama; al contrario, parece iluminar y descubrir relaciones que en una narración lineal acabarían, tal vez, invisibilizadas. La falta de respeto a la cronología –discursiva y argumental– privilegia que otro orden fundamental aflore enriqueciendo todos los niveles de la novela.

La mezcla libre y osada se hace evidente, asimismo, en cuanto a la adscripción genérica. *Mandíbula* no es una novela a la que pueda asignarse una única rúbrica: *thriller* psicológico, novela de formación, salpicada de relatos de terror y violencia, pequeñas historias de amistad, educación, de fabulaciones escolares.

Es preciso, finalmente, destacar la poesía que subyace en la prosa de Ojeda, un lirismo que no está reñido con un potente discurso político, social y feminista, ni con un soterrado toque de misticismo atávico; todo ello perfectamente engarzado en una trama trepidante, que acaso esconde una oscura verdad moral, porque, como recuerda Fernanda, según su psicoanalista mudo (la novelista no le concede nunca la palabra), “la verdad tiene siempre estructura de ficción” (59).

Si es cierto que cada libro guarda, entre sus páginas, su propia definición (esencial y condensada) o una pista hacia sí mismo, en *Mandíbula* este rastro podría estar en las impresiones de Clara tras leer un lúcido y perverso ensayo de Annelise, al que encuentra “delirante y obsceno” (235). Tal vez sea exagerado, pero al terminar esta novela, igual que Clara, podemos dudar si sentirnos “enojadas o simplemente perturbadas” (ídem.) y es que, quizá, entendemos, como ella, “que además de la morbosidad del relato íntimo” (ídem.) nos angustia “la madurez de la escritura” (ídem.). De estas impresiones destaco tres adjetivos que calzan con la novela como el zapatito de cristal en el pie de Cenicienta: perturbadora, obscena y angustiantemente madura.